

Diputación De Heidelberg

Martín Lutero

(1518)

TEOLOGIA

Desconfiando totalmente de nosotros, según el consejo del Espíritu: «no te apoyes en tu sabiduría»¹, ofrecemos con humildad al juicio de cuantos quieran asistir las siguientes paradojas teológicas, para que se vea con toda claridad si están o no en conformidad con san Pablo, vaso y órgano de Cristo elegido entre todos, y con san Agustín, su más fiel intérprete.

1. La ley de Dios, que es la doctrina saludable de vida por excelencia, es incapaz de conducir al hombre a la justicia: más bien constituye un estorbo.

Esto resulta claro del apóstol (Rom 3): «Sin la ley se ha revelado la justicia de Dios», que san Agustín, en su obra *Del espíritu y de la letra* interpreta de la manera siguiente: «Sin la ley, es decir, sin la ayuda de la ley». Y en Rom 5: «La ley intervino para que abundase el pecado». Además en el capítulo 7: «En cuanto llegó la ley revivió el pecado»². Este es el motivo por el que el apóstol, en el capítulo 8, llama ley de muerte y de pecado a la ley. Incluso, según 1 Cor 3, «la letra mata», que san Agustín, en su obra citada, aplica a toda la ley, incluida la ley santísima de Dios.

2. Mucho menos aún pueden ayudar las obras de los hombres, repetidas, frecuentemente - como suele decirse- con el socorro de la inspiración natural.

Porque la ley de Dios, santa y pura, verdadera, justa, etc., ha sido donada por Dios al hombre para ayudarle más allá de sus fuerzas naturales, con el fin de iluminarle y empujarle al bien. Sin embargo, sucede que obra lo contrario, de tal suerte que le hace peor. Entonces, ¿cómo puede este hombre determinarse al bien por las fuerzas que le restan y sin un socorro de esta índole? Porque mucho menos podrá realizar él solo el bien que no puede hacer con el auxilio de otro. De ahí la afirmación de san Pablo (Rom 3): «Todos los hombres están corrompidos e incapacitados; no comprenden ni buscan a Dios, todos se desviaron de él»³.

¹ Prov 3, 5.

² Rom. 7.9.

³ Rom 3, 10 ss.

3. Las obras de los hombres, aunque sean de apariencia hermosa y parezcan baratas, son, no obstante, y con probabilidad, pecados mortales.

Las obras de los hombres parecen bellas, pero en el interior son feas, como lo dice Cristo a propósito de los fariseos en el capítulo 23 de Mateo⁴. En efecto, tales obras se les muestran a estos hombres y a otros como buenas y hermosas, pero ahí está Dios, que no juzga por las apariencias, sino que «escruta riñones y corazones»⁵. Sin la gracia y la fe no es posible tener un corazón puro, como se lee en los Hechos de los apóstoles: «purifica sus corazones con la fe»⁶.

Por eso hemos establecido esta conclusión: si las obras de los justos son pecado, como lo afirma la conclusión 7, con mayor motivo lo serán las de los que aún no están justificados. Los justos dicen a propósito de sus obras: «No entables juicio con tu siervo, Señor, porque ningún viviente es justo ante ti»⁷. Igualmente dice el apóstol en Gál 3: «Incurren en maldición todos los que viven de las obras de la ley». Es así que las obras de los hombres son obras de la ley y no se aplica la maldición a los pecados veniales; luego estas obras son mortales. En tercer lugar, encontramos en el capítulo 2 de Rom: «Enseñas que no hay que robar, pero robas tú», que san Agustín interpreta: «Son ladrones por su voluntad pecadora, incluso aunque externamente juzguen y enseñen que los pecadores son otros».

4. Las obras de Dios, aunque tengan siempre un aspecto desfigurado y parezcan malas, constituyen en verdad méritos inmortales.

Que las obras de Dios sean deformes lo aclara el texto de Isaías (capítulo 53): «No tenía belleza ni esplendor»⁸, y el del libro 1º de los Reyes (capítulo 2): «El Señor da la muerte y la vida, hace descender a los infiernos y saca de ellos»⁹. Lo que hay que entender de la manera siguiente: el Señor nos humilla y nos espanta por la ley y la visión de nuestros pecados de tal forma, que tanto ante los hombres como delante de nosotros mismos, nos veamos como nada, insensatos, malos, como en realidad somos. Cuando confesamos y reconocemos todo esto, no aparece en nosotros beldad alguna ni resplandor de ninguna clase, pero vivimos en el Dios escondido (es decir, en la simple y pura confianza en su misericordia), sin poder apelar dentro de nosotros mismos a nada que no sea pecado, locura, muerte e infierno, conforme a las palabras del apóstol: « como tristes, pero siempre alegres; como muertos, pero he aquí que estamos vivos»¹⁰. Esto es lo que Isaías (capítulo 28) califica obra ajena de Dios, por la que cumple su propia obra», es decir, que nos humilla dentro de nosotros y nos hace desesperar a fin de elevarnos misericordiosamente con el regalo de la esperanza. Como se dice en Habacuc (cap. 3): «Cuando te hayas irritado, te acordarás de la misericordia». Un hombre así se desagrada a sí mismo en todas sus acciones, no vislumbra en sí esplendor alguno, sólo ve su indignidad. Más aún, ejecuta en lo exterior obras que a otros se les aparecen como insensatas y deformes. Esta fealdad se realiza en nosotros mismos cuando Dios nos flagela o cuando nos acusa por nosotros mismos, según las palabras de 1ª Cor 11: «Si nos

⁴ Mt 23, 27.

⁵ Sal 7, 10.

⁶ Hech 15, 9.

⁷ Sa1143, 2.

⁸ is 53, 2.

⁹ 1ª Sam 2, 6.

¹⁰ 2Cor 6,9.10.

juzgamos nosotros mismos, no seremos juzgados por el Señor»¹¹. Es lo que se dice en Deuteronomio (cap. 32): «El eterno juzgará a su pueblo y se apiadará de sus siervos»¹². Por tanto, las obras deformes que opera Dios en nosotros, es decir, las obras de temor y humildad, son en realidad inmortales, porque el temor y la humildad constituyen un mérito total.

5. Las obras de los hombres no son mortales en el sentido de que constituyan crímenes (hablamos aquí de obras que aparentemente son buenas).

En efecto, son crímenes las obras de las que pueden acusar los hombres: el adulterio, los robos, homicidios, perjuicios, etc. Pero son mortales las obras que parecen buenas y que, sin embargo, interiormente son frutos de una raíz y de un árbol malos (ver san Agustín, Lib. 4 contra Juliano).

6. Las obras de Dios -y hablamos de las que realizan por medio de los hombres no constituirían méritos si no fuesen pecados.

Dice el Eclesiastés (cap. 7): «No, no hay justo sobre la tierra que haga el bien y que no esté siempre en pecado». Algunos lo explican diciendo que sin duda el justo peca, pero no cuando ejecuta el bien. A esto se responde: si eso es lo que quiso expresar el autor sagrado ¿por qué habla en balde? ¿Es que el Espíritu santo se recrea en la charlatanería y en las bagatelas? Este significado se podría haber expresado de la siguiente forma: no hay justo sobre la tierra que no peque. Pero entonces. ¿Por qué añade «que haga el bien», como si hubiere otro justo que obra el mal? En efecto sólo el justo ejecuta el bien; pero cuando habla de los pecados al margen de las buenas obras dice: «siete veces al día cae el justo»¹³. No dice aquí «siete veces al día cae el justo cuando realiza el bien». Sucede como cuando uno está tallando con un hacha vieja y mellada; aunque el operario sea un carpintero excelente, el hacha hace los cortes malos, irregulares, deformes. Así opera Dios a través de nosotros.

7. Las obras de los justos serían mortales si, realizadas por un piadoso temor de Dios, estos mismos justos no tuviesen el miedo de ser mortales.

Esto se deduce de la conclusión cuarta. Porque fiarse de su obra sin desconfiar de ella es lo mismo que atribuirse uno la gloria a sí mismo y arrebatársela a Dios, al que se le debe temer en toda acción. En esto reside precisamente la total perversidad: en complacerse en uno mismo, en gozarse uno mismo en las propias obras, en adorarse a uno mismo como a un ídolo, porque es así como actúa quien está seguro de sí mismo y no teme a Dios. En efecto, si se tuviera este temor, no se estaría seguro de uno mismo y, en consecuencia, no se complacería en sí mismo sino en Dios.

Esto mismo se deduce, en segundo lugar, de las palabras del Salmo: «No entables juicio con tu siervo», y del Salmo 32: «Lo he dicho: confesaré contra mí mismo mi injusticia al Señor», etc. Es evidente que aquí no se trata de pecados veniales, ya que se dice que ni la confesión ni la penitencia se necesitan para los pecados veniales. Si, por tanto, son mortales, y si todos los santos rezan por sus pecados -como se apunta en el mismo lugar-, las obras de los santos son pecados

¹¹ 1 Cor11,31.

¹² Dt 32, 36.

¹³ Prov 24, 16.

mortales. Ahora bien, las obras de los santos son buenas; luego no son meritorias sino por el temor manifestado en esta confesión humilde.

Se prueba, en tercer lugar, por la oración dominical: «Perdónanos nuestras deudas»¹⁴. Esta es la oración de los santos; por consiguiente, estas deudas, por las que piden, son obras buenas. Ahora bien, que sean mortales se deduce con evidencia de las siguientes palabras: «si no perdonáis sus pecados a los hombres, vuestro padre celestial no os perdonará los vuestros»¹⁵. Estas deudas son tales, que, de no ser remitidas, serían capaces de condenarlos si no dijese de verdad esta oración y no perdonasen a los demás sus pecados.

En cuarto lugar tenemos la autoridad del Apocalipsis (cap. 21): «Nada que esté mancillado entrará en el reino de los cielos». Ahora bien, todo lo que impide la entrada en el reino es mortal (en caso contrario habría que definir de otra manera lo que se entiende por mortal). Es así que también el pecado venial impide esta entrada porque mancilla al alma y no tiene lugar en el reino de los cielos; luego, etc.

8. Con mayor motivo son mortales las obras de los hombres si se realizan sin temor, sólo con perniciosa seguridad.

Es una consecuencia evidente de lo anterior. Donde no hay temor no hay humildad alguna; donde no hay humildad está el orgullo, la cólera y el juicio de Dios: Dios resiste a los orgullosos. Que desaparezca el orgullo y no habrá pecado.

9. Afirmar que las obras sin Cristo son muertas, pero no mortales, parece ser un peligroso abandono del temor de Dios.

Porque de esta manera se hacen los hombres seguros de sí mismos y, por consiguiente, orgullosos, lo que es peligroso. De esta forma se le resta a Dios su gloria debida y redundante sobre uno mismo, cuando es necesario emplear el mayor celo y prisa para que cuanto antes le sea tributada su gloria. Por eso aconseja la Escritura: «No te tardes en volverte a tu Señor»¹⁶. En efecto, si ofende a Dios quien le sustrae su gloria, cuánto más le ofenderá el que persiste en robársela y lo hace con seguridad. Porque todo aquel que no está en Cristo o se aparta de él le está sustrayendo su gloria, como es notorio.

10. Por el contrario, resulta muy difícil de comprender cómo una obra puede estar muerta sin ser pecado nocivo o mortal.

Lo pruebo. La Escritura, en efecto, no habla de manera que deje entender que algo puede ser muerto sin ser mortal. La gramática, por otra parte, dice que muerto es más que mortal. Es mortal una obra que mata (y esto lo confiesan ellos mismos)¹⁷; se llama muerto no a lo matado sino a lo que no está vivo. Ahora bien, lo que no está vivo desagrada a Dios, como está escrito en los Proverbios (cap. 15): «Yahvé abomina el sacrificio de los malvados».

En segundo lugar: conviene absolutamente que ante un acto muerto como éste la voluntad haga algo, ya sea quererlo, ya sea abominarlo. No puede odiarlo porque la voluntad es mala; lo

¹⁴ Mt 6, 12.

¹⁵ Mt 6, 15.

¹⁶ Eclo 5, 8.

¹⁷ Los escolásticos.

ama, ya que ama lo que está muerto. Por lo tanto, ejecuta un acto contra Dios, a quien ella debiera amar y glorificar tanto en este acto como en toda obra.

11. No puede evitarse la presunción, ni existir esperanza verdadera, si no se teme un juicio de condenación en cualquiera de las obras.

Se deriva evidentemente de la proposición 4. Porque es imposible esperar en Dios si no desespera uno de todas las criaturas y si no se está convencido de que fuera de Dios nada es provechoso. Ahora bien, como hemos visto, no hay nadie que pueda tener esta pura esperanza; al contrario, nos fiamos en alguna manera de la criatura, y por eso es evidente que, a causa de esta iniquidad, necesitamos temer en todo el juicio de Dios. Se evita así la presunción, no en la realidad, sino en el afecto; o sea, que nos desagrade seguir depositando nuestra confianza en las criaturas.

12. Ante Dios son realmente veniales los pecados cuando los hombres temen que sean mortales.

Se deduce suficientemente de lo antedicho, porque cuanto más nos acusemos nosotros mismos, tanto más nos disculpará Dios, en conformidad con las palabras «confiesa tus iniquidades para que seas justificado», o «no se alucine mi corazón con palabras maliciosas para buscar excusas para mis pecados»¹⁸.

13. El libre albedrío, después de la caída, no es más que un simple nombre, y peca mortalmente en tanto en cuanto hace lo que de él depende.

El punto primero es evidente: el libre albedrío está cautivo y reducido a servidumbre a causa del pecado; no es que no exista, sino que no es libre salvo para el mal. Leemos en Juan (cap. 8): «Quien peca es esclavo del pecado; si el Hijo os dio la libertad, estáis liberados de verdad». San Agustín en su obra *Del espíritu y de la letra*: «Sin la gracia, el libre albedrío no puede sino pecar»; y en *Libro segundo contra Juliano*: «Vosotros le decís libre, pero es lo contrario: un albedrío siervo», lo mismo en otros lugares.

El segundo punto se deriva con evidencia de lo anterior y del pasaje de Oseas (cap. 13): «Es de ti Israel de donde procede tu perdición: el auxilio te llega sólo de mí».

14. Después del pecado, al libre albedrío no le cabe más que una potencia subjetiva para el bien y activo siempre para el mal.

Sucede lo mismo que con el hombre: muerto, sólo tiene un poder subjetivo para la vida, pero mientras vive goza de un poder activo en relación con la muerte. Ahora bien, el libre albedrío está muerto, como se significa en los muertos resucitados por el Señor y lo dicen los santos doctores. Por otra parte, san Agustín demuestra esta proposición en diversos pasajes contra los pelagianos.

15. No pudo permanecer tampoco en el estado de inocencia por una potencia activa, sino por la subjetiva: mucho menos posible le fue progresar en el bien.

¹⁸ Sal 141, 4.

El maestro de las sentencias (libro 2, párrafo 24, cap. 1), aduce a san Agustín al final y dice: «Por estos testimonios queda demostrado con evidencia que el hombre, en el momento de su creación recibió la rectitud, buena voluntad y la ayuda para poder perseverar; de otra forma, podría parecer que cayó sin culpa suya». Habla aquí de una potencia activa, lo que abiertamente contradice a lo escrito por Agustín en el libro Sobre la corrección y la gracia; «Habría recibido el hombre el poder si lo hubiera querido; pero careció del poder querer». Entiende por «poder» la potencia subjetiva y por «querer poder» la activa.

En cuanto al segundo punto, se deduce suficientemente de la misma distinción del maestro.

16. El hombre que piensa poseer la voluntad de lograr la gracia a base de hacer lo que de él depende, añade al pecado otro pecado y se hace doblemente reo.

Se deduce manifiestamente de lo antedicho. Mientras el hombre hace lo que depende de sí mismo, comete pecado y busca sólo lo que le pertenece a él. Pero si piensa que por el pecado se hace digno de la gracia o apto para ella, está añadiendo encima una presunción orgullosa: cree que el pecado no es pecado y que el mal no es malo, lo que constituye un pecado enorme. Así Jeremías dice (cap. 2): «Mi pueblo ha cometido un doble pecado: me han abandonado a mí, la fuente viva, para cavarse cisternas agrietadas que no pueden retener el agua»¹⁹. Es decir, por el pecado se han alejado de mí, y a pesar de todo pretenden hacer el bien por sí mismos.

Dirás: «¿Qué haremos entonces? ¿Nos quedaremos ociosos so pretexto de que no hacemos más que pecar?». Respondo: No, pero cuando oigas estas palabras cae de rodillas, pide la gracia y deposita tu confianza en Cristo, en quien reside la salvación, la vida y la resurrección nuestra. Porque sabemos estas cosas, y la ley permite conocer el pecado para que, al ser conocido, busquemos e impetremos la gracia. A los de esta suerte humildes les otorga la gracia, «el que se humilla será exaltado». La ley humilla, ensalza la gracia. La ley produce temor y cólera, la gracia opera misericordia y esperanza. En efecto, por la ley se consigue el conocimiento del pecado, por el conocimiento del pecado la humildad²⁰, por la humildad la gracia. Así, la obra arena de Dios se introduce finalmente en su obra propia, al hacer al hombre pecador vara tornarle justo.

17. Hablar de esta suerte no equivale a dar al hombre un motivo de desesperación, sino de humildad, y a alentar su ardor para que busque la gracia de Cristo.

Se deduce claramente de lo que se ha dicho, porque, según el evangelio, el remo de los cielos se otorga a los pequeños y humildes, predilectos de Cristo²¹. (No pueden ser humildes quienes no se dan cuenta de que son condenables y nauseabundos, el pecado se conoce sólo por la ley). No es la desesperación, sino la esperanza la que se predica cuando se nos anuncia que somos pecadores. Esa predicación del pecado es la preparación para la gracia, o, mejor, el conocimiento del pecado y la fe en tal predicación. Sólo cuando nace el conocimiento del pecado brota el deseo de la gracia. Sólo cuando conoce la importancia de su enfermedad acude el enfermo a la medicina. Lo mismo que revelar al enfermo el peligro de su enfermedad no equivale a darle motivos de desesperanza o de muerte, sino un esfuerzo para que busque el remedio, de la misma forma el decir que no somos nada y que pecamos siempre que hacemos lo que depende de nosotros mismos, no equivale a desesperar a nadie (a no ser a los insensatos) sino que sirve para despertar el deseo de la gracia de nuestro señor Jesucristo.

¹⁹ Jer 2, 13.

²⁰ Rom 3, 20.

²¹ Mc 10, 14.

18. Es cierto que .ce necesita que el hombre desespere totalmente de sí mismo para prepararse a recibir la gracia de Cristo.

La ley intenta que el hombre desespere de sí mismo cuando le mete en el infierno, cuando le evidencia su pobreza, cuando le dice que es pecador en todo cuanto hace, como dice el apóstol en Rom (cap. 2 y 3): «Hemos demostrado que todos están sometidos al pecado»²² El que hace lo que depende de sí mismo y se cree que obra bien no se considera en absoluto como nada no desespera de sus fuerzas: al contrario, tiene tal confianza que hasta presume poder apoyarse en sus propias fuerzas para lograr la gracia.

19. No puede llamarse en justicia «teólogo» al que crea que las cosas invisibles de Dios pueden aprehenderse a partir de lo creado.

Es evidente si nos referimos a quienes adoptaron esta actitud y que, sin embargo, son denominados por el apóstol (Rom 1) como «insensatos»²³. Además, las cosas invisibles de Dios son la fuerza, la divinidad, la sabiduría, la justicia, la bondad, etcétera. Conocerlo no hace a nadie digno ni sabio.

20. Sino, mejor, a quien aprehende las cosas visibles e inferiores de Dios a partir de la pasión y de la cruz.

Las cosas inferiores y visibles de Dios son las opuestas a las invisibles, es decir, la humanidad, la enfermedad, la locura, lo «enfermo y estulto de Dios» que se dice en la primera carta a los Corintios (cap. 1). Puesto que los hombres han abusado del conocimiento de Dios a través de sus obras, ha querido Dios ser conocido por estos sufrimientos; con ello ha reprobado esa ciencia de lo invisible a base de lo visible, para que quienes no le han adorado tal como se manifiesta en sus obras lo hagan tal como se esconde en sus padecimientos, como dice la citada carta (cap. 1): «Puesto que el mundo no ha conocido a Dios en su sabiduría divina a base de sapiencia, le ha complacido salvar a los creyentes por la estulticia de la predicación»²⁴, de tal manera que no basta ni aprovecha a nadie el conocimiento de Dios en su gloria y en su majestad, si no se le conoce también en la humildad y en la ignominia de la cruz. Así « confunde a la sabiduría de los sabios, etc.», como dice Isaías: «verdaderamente eres un Dios escondido»²⁵. Por eso, cuando Felipe (Jn 14), conforme a la teología de la gloria, dijo, «muéstranos al Padre», Cristo le llevó a la búsqueda de Dios por otro camino al contestarle: «Felipe, quien me ve a mí está viendo también al Padre»²⁶. Por tanto, es en Cristo crucificado donde está la verdad teología y el conocimiento verdadero de Dios, como se desprende también de n (cap. 10): «Nadie puede ir al Padre si no es por mí», «yo soy la puerta», etcétera.

21. El teólogo de la gloria llama al mal bien y al bien mal: el teólogo de la cruz llama a las cosas como son en realidad.

²² Rom 3, 9.

²³ 1 Cor 1, 21.

²⁴ 1 Cor 1, 21.

²⁵ Is 54, 15.

²⁶ Jn 14, 8-9.

Es evidente, porque al ignorar a Cristo, ignora al Dios que está escondido en sus sufrimientos. Prefiere así las obras a los sufrimientos, la gloria a la cruz, la sabiduría a la locura y en general, el bien al mal. Son aquellos a quienes el apóstol llama la cruz de Cristo»²⁷, porque aborrecen la cruz y los sufrimientos y aman las obras y su gloria. De esta forma vienen a decir que el bien de la cruz es un mal y el mal de la obra es un bien, y ya hemos dicho que no se puede encontrar a Dios sino en el sufrimiento y en la cruz. Por el contrario, los amigos de la cruz afirman que la cruz es buena y las obras malas, porque por medio de la cruz se destruyen las obras y es crucificado Adán, que se erige sobre las obras. Es imposible, en efecto, que no se pavonee de sus obras quien antes no haya sido destruido y aniquilado por los sufrimientos y los males y mientras no se convenza de que él no es nada y que las obras no son precisamente suyas sino de Dios.

22. La sabiduría que considera las cosas invisibles de Dios a partir de las obras infla, ciega y endurece totalmente.

Ya está dicho. Porque por el hecho de ignorar y de aborrecer la cruz a la fuerza tienen que preferir lo opuesto: sabiduría, gloria y poder, etc. Tal predilección no puede sino cegarlos y endurecerlos cada vez más. Es imposible, en efecto, que la codicia se sacie con lo deseado una vez conseguido. De igual manera que se acrecienta el amor al dinero cuanto más riqueza se tiene, así sucede con esta hidropesía del alma: cuanto más se bebe, más sediento se está. Como dice el poeta: «Cuanto más beben, más ansiosos de agua están». Y el Eclesiastés: «El ojo no se sacia de ver ni el oído de oír»²⁸. Así sucede con todas las codicias.

Por eso mismo, el deseo de saber no se aquieta por la ciencia lograda sino que aumenta cada vez más. De la misma forma, la codicia de gloria no se sacia con la gloria ya adquirida, ni el deseo de dominación por la potencia y el imperio, ni el deseo de ser loado por la alabanza, etc., como dice Cristo en Juan (cap. 4): «Quien beba de este agua seguirá teniendo sed»²⁹.

Sólo hay un remedio: curar no a fuerza de satisfacer sino de extinguir. Es decir, el que quiera hacerse sabio, que no busque más sabiduría, sino que se vuelva loco buscando la estulticia, o sea, volviendo hacia atrás. Y el que quiera ser poderoso, glorioso, voluptuoso, colmado de todo, etc., que en vez de buscarlas, huya de la potencia, de la gloria, de la voluptuosidad y de la abundancia. Y esto, que para el mundo resulta locura, es la verdadera sabiduría.

23. La ley provoca la cólera de Dios, mata, maldice, hace pecadores, juzga y condena todo lo que no está en Cristo.

Así se lee en la carta a los Gálatas (cap. 3): «Cristo nos liberó de la maldición de la ley», «todos los que viven de las obras de la ley están malditos»³⁰. En la carta a los Romanos (cap. 4): «La ley produce ira». En Romanos (cap. 7): «Lo que se dio para la vida resulta que sólo me ha servido para muerte». Y en Romanos (cap. 2): «Los que, estando sometidos a la ley, pecaron, por la ley serán juzgados». Por eso, el que se gloria de la ley como sabio e instruido, se está gloriando de su confusión, de su maldición, de la cólera de Dios, de la muerte, a tenor de Romanos (cap. 2): «¿Por qué te glorías en la ley?»³¹.

²⁷ Flp 3, 18

²⁸ Ecl 1, 8.

²⁹ Jn 4, 13.

³⁰ Gál 3, 13; 3, 10.

³¹ Rom 2, 23.

24. No obstante, no es mala esta sabiduría ni tiene que evitarse la ley: pero el hombre, sin la teología, abusa de las cosas mejores, desde el momento en que se atribuye a sí mismo la sabiduría y las obras.

Porque «la ley es santa», y «todo don de Dios perfecto»³² y «buena toda criatura» (Gén 1)³³. Pero, como hemos dicho, el que aún no ha sido destruido, aniquilado por la cruz y la pasión, se atribuye a sí mismo obras y sabidurías que debe conceder a Dios, y así abusa de los dones divinos y los mancilla. Ahora bien, quien ha sido aniquilado por los sufrimientos ya no obra por sí mismo, sino que reconoce que Dios obra y cumple en él todas las cosas. Por eso le da igual actuar o no: no se glorifica si Dios actúa en él ni se turba si no lo hace. Sabe que le basta con sufrir, ser destruido por la cruz para aniquilarse más cada vez. Cristo dice en Juan (cap. 3): «Es necesario que volváis a nacer»³⁴; si hay que renacer es necesario que antes se muera y ser exaltado con el hijo del hombre. Y morir, digo yo, es sentir la muerte presente.

25. No es justo quien obra muchas cosas, sino el que, sin obras, cree mucho en Cristo.

Porque, como enseñó Aristóteles, la justicia no se adquiere a base de la repetición de actos, sino que se infunde por la fe. En efecto, «el justo vive por la fe» (Rom 1)³⁵, y en Romanos 10: «Creyendo de corazón es como se llega a la justicia»³⁶. Por eso prefiero entender la expresión «sin obra» no en el sentido de que el justo no haga nada, sino en el sentido de que sus obras no constituyen su justicia o, mejor, que su justicia es la que hace las obras. En efecto, la fe y la gracia se infunden en nosotros sin obra por nuestra parte; una vez infundida la fe y la gracia es cuando se siguen las obras. Se dice por eso en Romanos (cap. 3): «Nadie se justificará por las obras de la ley», y «pensamos que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley», es decir, que nada aportan las obras para la justificación. En consecuencia, puesto que el hombre se ha dado cuenta de que las obras que ejecuta por esta fe no son suyas, sino de Dios, no intenta justificarse por ellas ni en ellas gloriarse, sino que busca a Dios: su justicia, recibida por la fe en Cristo, le basta; o sea, que Cristo es su sabiduría, su justicia, etc., como está escrito en la primera carta a los Corintios (can. 1)³⁷, de forma que él mismo es la operación o el instrumento de Cristo.

26. La ley dice «haz esto», y eso jamás se hace; dice la gracia «cree en éste», y tofo está ya realizado.

La primera afirmación es evidente por innumerables pasajes del apóstol y de su intérprete san Agustín. Y ya queda suficientemente dicho que la ley lo que produce es la cólera y retiene a todos los hombres bajo la maldición. Lo segundo se deduce también con claridad de los mismos, porque la fe justifica, y la ley, dice san Agustín, ordena lo que la fe alcanza. Por la fe Cristo está en nosotros, o, mejor, se identifica con nosotros; es así que Cristo es justo y cumple todos los mandamientos de Dios, luego también nosotros cumplimos todas las cosas por él, puesto que por la fe se ha convertido en propiedad nuestra.

³² Rom 7, 12; 1 Tim 4, 4; Sant 1, 17.

³³ Gén 1, 31

³⁴ Jn 3, 7.

³⁵ Rom 1, 17.

³⁶ Rom 10, 10.

³⁷ 1ª Cor 1, 30.

27. Mejor sería decir que la obra de Cristo es «operante» y la nuestra «operada» de esta forma lo operado agradecería a Dios gracias a la obra «operante»

Desde el momento en que Cristo habita en nosotros por la fe nos incita a las obras por esta fe viviente en las suyas. Las obras por él realizadas son, en efecto, el cumplimiento de los preceptos divinos; ellas nos han sido donadas por la fe, y su consideración nos incita a imitarlas. Por eso dice el apóstol: «Sed imitadores de Dios como hijos bienamados»³⁸. De esta suerte las obras de misericordia se animan por las obras en virtud de las cuales él nos ha salvado, como lo dice san Gregorio: «Toda acción de Cristo supone una instrucción, o mejor, un movimiento por nuestra parte». Su acción está en nosotros, vive también en nosotros por la fe, nos arrastra poderosamente conforme a las palabras: «Arrástrame en nos de ti, correremos al olor de tus perfume»,³⁹ es decir, de tus obras.

28. El amor de Dios no encuentra previamente el objeto de su amor: el amor de hombre es creado por el objeto de su amor.

La segunda parte es evidente y se encuentra en todos los filósofos y teólogos. Porque el objeto es la causa del amor, si se afirma con Aristóteles que todas las potencias del alma son pasivas, son materia, y sólo actúan cuando reciben⁴⁰; con lo cual muestra Aristóteles que su filosofía se opone a la teología, ya que aquella busca en todas las cosas lo que le es propio y recibe el bien en vez de darlo.

La primera parte también es clara, porque el amor de Dios, viviente en el nombre, ama a los pecadores a los insensatos, a los débiles de tal suerte, que los torna justos, buenos, sabios, fuertes, y así derrama mejor y confiere el bien. Los pecadores, de esta suerte, son hermosos por ser amados y no son amados por ser hermosos. Y al contrario: el amor humano huye de los pecadores, de los malos. Dice Cristo: «No he venido para llamar a los justos sino a los pecadores»⁴¹. He aquí el amor de la cruz, nacido de la cruz, que no se fija allá donde encuentra el bien del que gozar, sino donde pueda conferir el bien al miserable y al indigente. «Es más agradable dar que recibir»⁴², dice el apóstol. Por eso canta el Salmo 41: «Bienaventurado el comprensivo con el pobre y el indigente»⁴³. No obstante, el objeto de la inteligencia naturalmente no puede ser lo que no es nada, es decir, el pobre y el indigente, sino el ser, lo verdadero, lo bueno; por eso ella juzga según las apariencias, se fija en la persona del hombre, juzga según las cosas exteriores. etc.

**SE FINALIZÓ EL PROCESO DE DIGITALIZACIÓN POR
ANDRÉS SAN MARTÍN ARRIZAGA, 29 DE DICIEMBRE DE 2006**

³⁸ Ef 5, 1.

³⁹ Cant 1, 4.

⁴⁰ Ética a Nicómaco 8. 2.

⁴¹ Mt 9, 13.

⁴² Hech 20, 35.

⁴³ Sal 41, 2.